

# El vuelo del poeta

Henry A. Petrie

## I

Desde la primera vez que monté un aparato volador, me quitaron el miedo a pija. No recuerdo mi edad exacta, creo que andaba en los siete años. Fue para cuando a mi hermano Eddy José, menor once meses, le dio la chifladora. Pasados algunos años, jamás entendí por qué en esa época se concebía como cura el vuelo acrobático en avioneta.

Mi abuela Lupe no era santera, pero admiraba a San Martín de Porras; tampoco se andaba con rezos ni rosarios, ni creía en eso que llaman «temor a Dios.» De alguna forma topó con alguien que la convenció de la cura para la tos de mi hermano, y resolvió darnos, junto con ella, un paseo en avioneta.



Al inicio, mi hermano y yo montamos emocionados. Alzamos vuelo y nos vimos suspendidos en el aire. Al poco tiempo danzábamos sobre el lago Xolotlán. Hasta aquí, todo bien. Pero luego, no escuchamos motores y la avioneta caía en picada. Eddy gritó desesperado, quiso abrir la puerta y salir, la golpeaba furioso con pies y manos. Nuestras narices estaban en dirección a las aguas del lago, yo estaba inmóvil y helado. Jamás se me ocurrió cerrar los ojos, sí recuerdo que llevaba tensas mis mandíbulas. De nuevo los motores –para mí lo habían apagado y encendido después–. El aparato se niveló y giró hacia un lado. Mi hermano en su rabieta y yo en mi parálisis. Sus gritos eran desgarradores, tiraba patadas, se retorció y su rostro se puso rojo encendido, a punto de reventar. El copiloto se giró hacia el asiento trasero, el de los pasajeros, en su intento de calmar a la fierecilla, pero nada. Él continuó su rebelión sobrepasando las fuerzas de mi abuela Lupe que lo abrazaba. Dejaron de sonar los motores, abrí aún más los

ojos, intuí lo que se venía, y en efecto, otra picada aún más severa. Gritos y llantos enmudecieron. Íbamos directo al lago. Si antes lo miraba alejado, en este momento ya sentía ahogamiento, quizá mi asma. Las mandíbulas continuaban tensas, muy tensas, hasta que la avioneta retomó el curso normal. Los gritos de nuevo, a medida que descendíamos bajaban de intensidad. Mecido suave, descenso, la pista se avistó y aterrizamos.

Cuando salimos de aquel aparato infernal y pisamos tierra, yo estaba tembloroso, con costo me sostenía en pie. Mi hermano se empujó tanto que solo quiso salir de aquel campo de aviación, recuperando su color. Yo no llevaba color. Según contaba mi abuela a carcajadas, iba muy pálido y mis manos eran un enjambre sísmico.

Aquel año era 1968, aproximadamente.

Yo no sé si esta experiencia curó a mi hermano de la chifladora. Pero sí sé que cuando viajé por primera vez al exterior, me decía insistente que nada podía ser peor que aquel vuelo acrobático sobre el Xolotlán.

## II

Pedro Alfonso Morales y yo debíamos viajar vía aérea a Bilwi, un vuelo de una hora y veinte minutos, para juntarnos con Fernando José Saavedra, nuestro anfitrión, con el propósito de cumplir con un apretado programa de trabajo, en el marco de la celebración de los treinta aniversarios de la autonomía en la Costa Caribe de Nicaragua y los veintitrés de la URACCAN.

Él llegó a mi casa un día antes del vuelo, el 10 de octubre. Me llamó al celular como a las cinco y media de la tarde. El taxi lo había llevado a un punto inexacto y andaba extraviado. «No fregués, creo que ando perdido», me dijo. Me dio las referencias del sitio donde se encontraba, justo a unos cuantos metros de mi casa y me encaminé a su encuentro. Nos dimos el abrazo acostumbrado y lo convidé a continuar.

Llegamos a casa, pusimos las maletas por ahí y nos instalamos en la plática previa. Media hora después, se acomodó en el cuarto de mi hija Sharon, a quien siempre pregunta por libros leídos y cuentos escritos. Sandra María, mi esposa, nos llama –casi ordena– para cenar; como ese día cumplimos un año más de matrimonio, preparó arroz a la valenciana (hechizo), que Pedro Alfonso, tan cortés y amable, elogió pese a su extrema sencillez.

Cumplida la tarea apetitosa, nos hicimos las señas acostumbradas para proceder a lo espirituoso. Hicimos la breve caminata hacia La bajadita, la pulpería bar de doña Chepita y don Roberto, para consumir entre los dos, un trío de litros de cervezas bien frías y aprovechar para afinar detalles del programa en Bilwi.

No habíamos acabado el primer litro, cuando Pedro me dijo: «Yo jamás he viajado en avión, no fregués.» La primera aventura en los aires lo tenía preocupado. «No me gusta andar por ahí arriba. Si voy es porque deseo conocer la realidad caribeña, porque es una misión de ACIC y porque voy con vos, no fregués.» Va conmigo, me dije mentalmente, como si yo pilotaría el avión de La Costeña.

Al inicio pensé que estaba haciendo el cuento, como yo también suelo hacerlo, ubicándome de protagonista en supuestos para experimentar sensaciones diversas. Él, tan cuentista como yo, seguro estaba haciendo lo mismo. A medida que transcurrieron un par de horas en La bajadita, me convencí que su preocupación era real. El poeta Morales no había viajado nunca en avión. Los vasos de cervezas y la diversidad de temas de conversación, atenuaban su temor, así creí.

Bien. A descansar. Llegamos a mi casa con un litro más. Sandra, mi hija Sharon, mi sobrino Harry y yo, nos divertíamos con la chacota que hacía el poeta acerca del viaje, quizá liberando tensiones o preparándose para el momento de abordaje. Yo le daba confianza, todo saldría de maravillas, nuestra misión ACIC en Bilwi era importante. Pero, yo no sé cómo, se me salió el jodedor, y dije: «De todas formas, poeta, si acaso ese avioncito cae, mire qué bonito: dos tauro muy amigos, considerándose hermanos, se irían juntos. ¿Qué le parece?» Soltó la carcajada nerviosa, llevándose su mano derecha al pecho, y dijo: «No me digás eso, Henry, que soy capaz de quedarme dormido. Ahí te vas solito en ese avión y le decís a Fernando que me dormí o que me enfermé en tu casa.»

Botella de cerveza vacía, cierre de la plática. A dormir.

### III

4:00 a.m. Suena la alarma. Despierto. Voy a la ventana de la habitación donde está Pedro Alfonso. Lo llamo. Responde. Me aseguro que se levante y vaya al baño. Hago lo mismo. Luego de los arreglos personales, salimos de nuestras habitaciones y nos concentramos en el área de comedor, junto a la puerta de salida, donde juntamos las maletas. Él, callado. Nos cercioramos de que nada se quede. Llamo a mi sobrino Harry para se ponga en disposición con el vehículo de su novia. ¡Listo!, dice. Acomodamos maletas en la cajuela y nos despedimos de mi esposa. «¿Se siente bien? No se preocupe, ahí le meterá plática Henry», ella se dirige a Pedro. Él sonrió levemente.

El vehículo arrancó. Managua aún está oscura; calles descongestionadas. Vamos en silencio. No interrumpo la concentración de mi amigo. Aeropuerto, justo en el área de La Costeña. Nos sentamos y a esperar unos minutos. Lllaman y a checar. Pedro mete en carga su maleta grande. Yo, nada. Los dos bolsos los llevo a manos, ligero de equipaje.

Pagamos impuesto de aeropuerto y pasamos la revisión. En sala de espera acomodamos maletas y al café. ¡Mierda! Está que hierve, para él está bien, para mí es un infierno, por lo lengua de gato que soy. De pronto, sus

ojos se dirigen hacia los ventanales de vidrio, donde se encuentran dos aviones pequeños y otro más grande de la misma línea aérea. En el intento de relajarlo, invento la plástica pasajera para diluir el trago amargo.

Al abordaje. Entregamos nuestros pases y nos encaminamos en una irregular fila india, hacia uno de los aviones pequeños. Voy atrás de él.

#### IV

Subimos la escalinata. Penetramos y seguimos el pasillo estrecho. Escogimos asientos a mitad del avión, nos sentamos juntos. Le sugerí que tomara el asiento de ventana para que apreciara el panorama exterior con vista abajo, una vez en las alturas. Callado, accedió. Cinturones de seguridad. Pedro Alfonso apreciaba a través de la ventanilla la pista del aeropuerto, hasta cuando el avión se movió. Le metí plástica. El avión avanzó en posición de despegue. Giró y avanzó. Se detuvo. De piloto una hermosa mujer, sí, piloto y no pilota, estarán de acuerdo las expertas sexistas que suena feo. La admiramos.



El copiloto anunció el tiempo de vuelo a una velocidad inentendible. La piloto, aferrada al timón, despegó y emprende la marcha. «Mirá, Pedro, estamos rodando.» Silencio. Él observaba cómo nos desplazábamos en tierra. Guiñón. «Nos alzamos, poeta. Mire cómo nos alejamos del suelo.» Pedro miró, pero de inmediato volvió sus ojos a la piloto. «Es hermosa, ¿verdad, poeta? Fíjese que a mí me gustan las mujeres así, ¡penconas!», digo en el intento de sacarlo del temor expresado en su rostro. «Sí, ella es hermosa y valiente. No sé cómo le hace para andar en los aires», me dice.

El avión estaba en los aires. Abajo, reminiscencias de Managua, el Xolotlán, Tipitapa, las montañas centrales y unas cuantas nubes que atravesamos. El día estaba fabuloso. Sugerí a Pedro que apreciara la superficie de Nicaragua, medio lo hizo o simuló hacerlo. Iba nervioso, lo percibí y dejé de joder. Cuando el avión alcanzó la altura requerida, anuncié a Pedro que continuaría la lectura en mi celular de La milla verde, de Stephen King. Él hizo lo mismo, sacó su libro del bolso que llevaba en mano y se puso a leer también. Lo iba observando con cuidado, que no se diera cuenta. Estaba seguro que le sucedía lo mismo que al grandote de David Róbinson, el amigo escritor panameño que sufre de vértigo. Recordé en silencio, sin hacerle el cuento a Pedro Alfonso, cuando lo llevé al tope de los santos en Diriamba, estaban las fiestas de San Sebastián –Guachan, le dice Osler Francesco–. Cuando el microbús interlocal pasó por El Crucero, el grandulón no podía ver a los lados, puso las manos juntas en su rostro y los codos bien puestos en sus rodillas. El hombre en su vértigo hacía un esfuerzo supremo de concentración, para no levantarse y obligar al conductor a detenerse. De no haber aguantado el trance, lo hacía. Y qué hubiera hecho yo con semejante gigante, si la altura del microbús le llegaba a la barbilla. El panameño grandulón iba enconchado, aterrado, llamando a saber qué espíritus para que todo pasara rápido.

Así estaba viendo a Pedro, más que leyendo, haciendo tremendo esfuerzo para olvidar que iba en un avión pequeño a una altura de mejor no me contés.

«Es el vértigo, poeta. Me da miedo la altura. Yo soy un hombre de tierra y es la primera vez que viajo en estos chunches, te lo dije ayer. Vos porque has viajado bastante...», me dijo. Y de pronto se me sale un duende, como el del jalapeño Mauricio Paguaga con su marimba de chavalos, respondí, según yo animándolo: «No jodá, poeta, cómo va ser posible que siendo un año mayor que yo, tengas miedo a estos chunches. No te preocupés, Pedro, disfrutá la vista. Mirá allá, asoman las grandes culebras de agua. No seás tonto y disfrutá, que con esa hermosa mujer que llevamos de piloto estamos más que seguros. Si estás de miedoso te chillo con doña Toval.»

El poeta viraba su rostro hacia la ventana, pero en seguida volvía al frente; tomaba su libro y hacía que leía. Yo también continué mi lectura, según mi reloj hacían falta veinte minutos. Al rato, se anunció el descenso hacia la ciudad de Bilwi. Cerré y guardé el celular donde venía leyendo y me acomodé para apreciar el mar Caribe en su esplendor. A Pedro lo dejé tranquilo, momentáneamente. Según él, leía.

Guiñón. Pedro reaccionó y preguntó si estábamos pronto a llegar. Se lo confirmé. El mar Caribe tras la ventana de Pedro; se apreciaban algunas embarcaciones pequeñas. No me aguanté, mi amigo debía observar el bello panorama. Lo insté a que lo hiciera. Mirá, mirá, Pedro, le dije. Hizo la mueca y pensó que no lo había cachado. Insistí, «Pedro, mirá desde arriba el mar Caribe, como los dioses... ¡Es maravilloso, hermano!», traté de animarlo, pero nada. El poeta solo miraba de reojo. Sus labios los llevaba morados y yo, extasiado con aquella belleza, le señalaba con mi índice derecho los detalles naturales. «Es verdad, poeta, los tauro somos de tierra. Pero cómo te vas a perder esta linda vista del mar Caribe. Asomate, hombre, como los dioses», le dije.



No hubo forma, Pedro Alfonso evitó ver abajo. Guiñón. Pista al frente. Llantas hicieron contacto con la tierra. El poeta en silencio. Se cercioró que todo había salido bien. Se vio las manos, su abdomen abultado como el mío, sus piernas. La orden de levantarse, hasta que se apagara el motor. El avión avanzó sobre la pista y se aparcó. Pedro volvió a la vida, recuperó el color, la sonrisa y hasta se atrevió a joderme: «Henry, mirá qué bonitas son esas palmeras de allá.» «No jodás, Pedro, ¡hasta cuándo te fijas en palmeras! ¿No ves que ya estamos en tierra? Mar, embarcaciones, costa, la ciudad y sus palmeras se ven mejor desde allá arriba», le respondí. «No fregués, yo

las miro mejor desde aquí en tierra», dijo riendo.

Ya estábamos en tierra y el poeta Pedro Alfonso, por supuesto, estaba envalentonado, contentísimo de haber llegado sano y salvo a Bilwi, la primera ciudad del Caribe nicaragüense que visitaba.

## V

En realidad, uno no deja de pensar en la posibilidad de caída de un avión. Ha sucedido y continuará sucediendo por las razones que sean. Si hasta las naves extraterrestres han caído, ahora un avión de estos...

Uno puede tener muchas horas de vuelo, sin embargo, siempre estará latente la posibilidad de cualquier evento inesperado. Siempre abrazo la idea que lo importante es el viaje, la aventura, la experiencia, esa expectativa de lo que uno pueda encontrar al final. Nada nos hace más vitales que el mismo hecho de ser mortales.

Gocé la aventura con Pedro Alfonso, amigos desde hace varios años. Lamenté el hecho de que no hayamos podido regresar juntos, él debió cumplir con un compromiso académico en la ciudad de Matagalpa. Hubiéramos consumido buenos tragos dobles de ron mientras voláramos. Quizá, con la experiencia de ida, la venida hubiera sido fabulosa en el avión grande, a lo mejor ambos hubiéramos coqueteado un tantito, solo un tantito, a la azafata. ¡A lo mejor!

Noviembre, 2017.

(Nota: el vuelo con Pedro Alfonso se realizó el día miércoles 11 de octubre del 2017, a las 6:10 a.m.).